



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11054

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 12 DE SEPTIEMBRE DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION  
Y  
EL FENIX ESPAÑOL  
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL.  
34 AÑOS DE EXISTENCIA  
SEGUROS contra INCENDIOS. SEGUROS sobre LA VIDA  
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA, Calle 15.

## GLORIA Y PESADUMBRE

Con este título publica la importante revista «El Mundo Naval Ilustrado» el siguiente artículo:

«No voy á hacer análisis detenido del desgraciado combate librado en aguas de Santiago de Cuba por la escuadra que regía el almirante Cervera.

Voy solo á sentir, sí, á sentir mucho y á enorgullecerme de la gloria y heroísmo conquistados por mis compañeros en las enrojeadas aguas de Cavite y de Cuba; heroísmo legítimo, intangible, augusto, sin alavío garrulo ni dilirámico.

Ya es público el parte oficial de Cervera y públicos son también los relatos de los primeros repatriados llegados en el vapor «Alicante».

Hora es de romper el silencio y de repeler el no merecido insulto y el sangriento escarnio de que fueron objeto el general Cervera y sus valerosos subordinados, de una parte de esa llamada masa social, que convirtió en duelo nacional la muerte de un torero, por cuya capilla ardiente desfilaron desde el opulento capitalista y el grande de España hasta el chispero y la manola de Lavapiés; pueblo adormecido al pavecir, que solo despierta con la chacota del tren botijo, con los bailoteos de las verbenas y con los colillones del casino de San Sebastián, mientras tanto la Patria gime desmembrada y exangüe.

Por tan famosa como preconizada por algunos unidad de mandos nos ha costado dos escuadras ó innumerables víctimas; la llamada Invencible en tiempos de Felipe II, y la de Santiago de Cuba en los presentes, y estuvo á punto de ocurrir lo mismo á la del general Bustillos durante la guerra de África.

El almirante Cervera salió de Santiago de Cuba en obediencia á las órdenes del general Blanco, no sin que aquél repitiera repetidas veces, en telegramas y comunicaciones oficiales, el desastroso resultado de la salida. Esta tuvo lugar, y nuestros pobres buques, acerbados á balazos por un enemigo de triplicada fuerza, entre el incendio y las explosiones, acabaron de deshacerse en los arrecifes de la costa meridional de Cuba. Ya

sabían Cervera y sus esforzados capitanes que al salir no iban á la capitulación, ni siquiera al vencimiento; iban derechos al propicio sacrificio, á la horrenda cuanto estéril destrucción; iban á dar sus vidas por el honor de la Marina y por el de los mismos que los escarnecían en la vía pública, en la tertulia doméstica, en el café, en el círculo de recreo y hasta en la tribuna.

Y, sin embargo, como alguien deseaba, no se dió el caso de que el telégrafo llegara á anunciar que la bandera americana se había izado en ninguno de nuestros acorazados.

En el ánimo del digno general Blanco, mi respetable amigo, debió influir tan gran desastre naval cuando no se determinó á dar igual orden á los 12.000 defensores de Santiago de Cuba, á pesar de que más fácil era á éstos romper las líneas enemigas, que la escuadra, cuya única salida era un boquete, un estrecho canal, que los buques tenían que franquear necesariamente uno á uno y expuestísimos, por tanto, á ser batidos en detail, como así ocurrió desgraciadamente.

Entre olas de sangre, bajo la lluvia de incendiarias granadas que todo lo aniquilan y devastan, con la muerte por doquier, lo sucedido en las aguas de Santiago de Cuba, como lo que sucedió anteriormente en Cavite; tenía que suceder, como también era suceso descontado que la Marina había de salvar el honor de las armas, ya que no podían vencer.

Dichosos los que antes de sucumbir entendieron que su sacrificio iba á honrar á la Patria.

Dichosos de los muertos, que al pasar á mejor vida cubiertos de inmarcesible y eterna gloria, se evitara la pena y el sonrojo de oír á labios españoles deprimir á la corporación en que sirvieron, mientras los extranjeros todos, incluso los mismos enemigos, se descubrían con respeto ante el heroísmo auténtico, ante el valor desgraciado.

Dichosos también, porque al menos no sentirán nuestras presentes y futuras desgracias, ni tampoco nuestras tristezas ante el derrumbamiento de la Patria.

Dichosos, por último, los supervivientes de la destruida escuadra, que al caer gloriosamente, y ser

hechos prisioneros en el mar de batalla, sobre sus incendiados y no rendidos buques, se aborrazaron el pesar de tener que entregar éstos á la superioridad aplastante del enemigo.

La pequeña flota, dando ejemplo sin igual de disciplina militar y de obediencia ciega al superior mandato, sale de Santiago en plena luz del día, fuerza las máquinas, enrogece las chimeneas y las calderas, aprontan las baterías en imponente zafarrancho de combate, y en sepulcral silencio, precursor de los inmediatos horrores, avanza, avanza gallarda... ¿A dónde va? Hacia la muerte, hacia el honor, hacia el martirio, en busca de la inmortalidad y del camino que trazaron Oquendo, Bazán, Barceló, Velasco y Liniers.

Desastre tremendo fué para nosotros la jornada naval de Santiago de Cuba; triunfo indiscutible el que obtuvieron los norte-americanos. Triunfo yanqui ó desastre español, es cosa clara y aprobada que pocas veces se ha dado el caso en las guerras marítimas de ver á un puñado de hombres ir estóicamente al sacrificio, tan solo guiados por los estímulos del honor y del deber.

¡Cuánta grandeza!  
¡Cuánta sangre estérilmente derramada!

¡Cuánta destrucción!  
¡Cuánta sublimidad para Cervera y sus subordinados!

¡Cuánta y cuán tremenda responsabilidad para otros hombres!

Esos ecos de muerte, esas dolorísimas pérdidas, esa calle de la Amargura recorrida con digno y viril silencio por la Marina, esa subida al Gólgota de los abnegados tripulantes de la escuadra de Cervera, con ser muerte y devastación de hoy, puede ser base ó fundamento de vida para el mañana, si llegase á servir de triste y saludable lección que impulsara á los gobernantes de este infeliz pueblo, á emprender la magna y gigantesca empresa de su regeneración política, militar y social.

Voy á concluir, me faltan fuerzas para seguir escribiendo.

Sangre de mi sangre corrió en aquella memorable hecatombe, para la que no ha y consuelo posible, ante la pesadumbre que hoy sentimos todos los que ostentamos el uniforme de la Armada que sirvió de palangre ó red gloriosa á las balas enemigas.

Lloremos, sí, lloremos sin tasa ni medida, que eso es de almas grandes; lloremos por nuestros hermanos de armas que dieron su vida por la Patria en las aguas de Cavite y de Cuba, que esas lágrimas varoniles son también tributo de honor y de admiración que consagramos á sus inclitas memorias.

Las sombras ilustres de Juan de Austria, Gravina, Churruarín, Galiano, Méndez Nuñez y Lobo debieron vagar durante las tristes jornadas del 1.º de Mayo y del 3 de Julio, para presenciar estremecidas de orgullo como sus sucesores se hacían dignos del heroísmo de Lepanto, Trafalgar y el Callao.

Pidamos paz y gloria eterna para los muertos; recibamos enorgullecidos y con los brazos abiertos á los supervivientes de la insigne tragedia; unámonos en la adversidad, más que nunca, con el sagrado y fraternal lazo del compañerismo, y continemos inspirándonos, como hasta aquí, en las hermosas realidades del honor, de la Patria y de la disciplina.

Un general de la Armada.  
Madrid 28 de Agosto

## GLOBOS NACIONALES

Acción del Coll de Ordal  
12 de Septiembre de 1812.

Quando el mariscal Suchet se vió obligado á desalojar á Turragón—on y as fortificaciones voló el 19 de Agosto con 28.000 libras de pólvora distribuidas en treinta y dos hornillos—y á retirarse á la línea del Llobregat, fortificó el puente de Molins de Rey y levantó varios redutos y trincheras en la margen izquierda del río, con ánimo de que le sirvieran de apoyo al emprender cierta arrojada operación sobre las posiciones españolas de Coll de Ordal, para vengar las pérdidas que en la retirada le causaron los combates catalanes mandados por el general don José María, las cuales consistieron en la prisión de dos batallones italianos y un escuadrón de húsares, sorprendidos en San Sarduni y Vallajó.

Las alturas de Ordal, estaban fortificadas con tres redutos, y en ellas acompañaban un regimiento británico, al mando del coronel D. Federico Adams, otro calabrés y una brigada de la división española de Sarfield, todos á las órdenes del general D. José de Torres, sirviendo de puesto avanzado del cuartel general de lord Bentinck, situado á tres leguas de aquellas posiciones, en Villafranca del Panadés.

Aprovechando la oscuridad de la noche, una columna de imperiales, al mando del general Mesdop, acometió la izquierda del ejército aliado donde estaban los españoles; mas la sorpresa en que el francés creyó no tuvo efecto, y las tres veces que intento apoderarse de las posiciones enemigas fué rechazado heroicamente, y en las retiradas ametrallado por la artillería inglesa, situada en los puntos más elevados.

Ciegos en sus pretensiones los soldados del invasor y convencidos de que el arrojado y pericia de los españoles haría inútiles y muy costosos cuantos intentos llevara á efecto, se dirigieron sobre la derecha, formada por el batallón británico, y como fueran igualmente rechazados, desistieron de su empeño y se retiraron á la línea del Llobregat muy quebrantados y con bajas bastante considerables.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

## Crónica Madrileña

SUMARIO: Todos los vientos.—Lo que son muy pocos.—El que «cabe» para ochavo.—Un verano inusual.—La expectación.—El «cabe».—Nosotros no vemos la llegada de los vapores que vendrán á los repatriados, y por esto no somos testigos de los cuadros de dolor á que dan lugar los

deseñados, ni el corazón se nos oprime con la presencia de tanta juventud agónica y cadavérica, ni nuestras lágrimas corren por nuestras mejillas de hombre sano al mismo tiempo que otras más amargas y ardientes, resbalan por las amarillentas y descoronadas de los tuberculosos, anémicos y disenterícos, al pisar el suelo patrio, al abrazar á los que le dieron el ser, ó al verlos ó presentirlos entre los que, con ojos que parecen pretender salirse de sus órbitas para ver lo que la distancia separa, se apitan en los moletos, con el corazón anhelante, con la angustia pintada en los rostros, ansiosos por saber si la patria les devuelve un cadáver ó un ser viviente.

No nos presentamos á ninguna de esas tristes escenas; pero las vemos con los ojos de la imaginación al leer los telegramas que desde los vapores se envían á los periódicos; al ver cómo bajan de los trenes los que fueron héroes defensores de la patria, y al encontrarnos con ellos en las calles, cuando, después de haber estado en las bases del hogar, entristecidos con su ausencia, nos encontramos con ellos.

También nuestro dolor se ve reflejado en las miradas de los que nos rodean, como nosotros; esas miradas nos dicen que no nos hayamos olvidado de la tranquilidad de la desgraciada patria que hoy viven los que pudieron estar en los cuadros de los héroes y agónicos y no lo fueron; los que tienen en sus manos los instrumentos para mitigar los dolores y las lágrimas; los que con sus instintivas palabras pueden ser de un beneficio de los desgraciados que fueron á la guerra alegres y anhelantes, por que iban á defender la patria, y que hoy no son otra cosa que un pedazo de materia batida por la fiebre, y á tanto padecer, más ansiosa de muerte que de vida.

Nosotros si somos testigos de su indiferencia y tranquilidad; por que los vemos agitarse en el Senado; en el Congreso; traer sus hijos tristes en la Castellana y Retiro, y descender de los trenes muy satisfechos y orgullosos después de haber gastado unos miles de duros en hacer ostentación de sus riquezas en las playas.

De mozo fué un majo, y allí en un pueblo natal, Sevilla, era uno de tantos ombalacheros ó corredores de pabellones.

Vino á Madrid y continuó viviendo de la chalanería, negocio que no había abandonado hasta que un juez le envió con todas las consideraciones y respetos que siempre se tuvieron para los halagados por la fortuna, á la Cárcel Modelo, por haber dado muerte á un hombre.

El chalan sevillano, con la trata de caballería, ó por otros medios hizo gran fortuna, y como no hay puertas que no abra el dinero, la aristocracia madrileña le recibió como uno de los suyos, y desde entonces á Carlos III le llamó D. Carlos Rodríguez Florido.

Compañón ha dicho la prensa que Floranes era un hombre concienzudo y todo demás.

Se distinguió por su manera especial de mirar á los que le rodeaban, por la originalidad de su tipo y por su aire de persona á quien el mundo de su fortuna le había dado el nombre. No abandonaba el látigo ni el sombrero de copa, particularmente éste; pero á pesar de ello, al salir de la cárcel, su tipo era al de un gran adinerado. Por su modo de vivir era un aristócrata; más todo el mundo era otra cosa que el chalan Rodríguez Florido, y de él se decía: «Consejista de los reyes».